

20 DE SEPTIEMBRE DE 1879.

## Madrid.

Ya Espronceda se quejaba de que el mundo era monótono en su tiempo y no creó que haya variado gran cosa desde entonces.

Pero lo menos variado que hay en el mundo, en la sucesión de los siglos, son las diversiones del hombre: en este punto, que parece ser el que debiera, —por ser el mas agradable,—el que mas ocupase su inventiva, en este punto nuestra imaginación es estéril. No sabe inventar nuevos placeres. Con dificultad le da nuevos aspectos.

Ya que no pueda inventarlos, se complace en repetirlos y en exornarlos con fastuosidad. Si se trata de música, multiplica el número de instrumentistas; si se trata de baile, el número de pantorrillas; si solo se trata de un asunto dramático y de un chiste que han hecho fortuna, se les vuelve y revuelve hasta que han pasado por todos los colores del prisma.

Es el carácter de la época, gruesa en el placer, la magnitud, la repetición, la cantidad; hasta en los anuncios del comercio se acude a lo gigantesco para falsificar el efecto que produce lo sencillo, cuando es nuevo; no se anuncia un salchichón sino millares de salchichones; ni un par, sino un millón de pares de zapatillas suizas; como si tuviéramos el estómago de un ballenato ó como si el hombre no tuviese únicamente dos pies.

Un nuevo placer, pedía el rey Baltasar, y daba su reino por él. Un reino, en verdad, es poca cosa. Es, las mas veces, una suma de dolores. Los ingleses millonarios suelen dar mas aun. Cansados de buscar sin éxito ese placer en la tierra, se van espontáneamente a buscarle fuera del mundo.

Edison con toda su ciencia, solo sabe inventar cosas útiles que pueden servir para hacer dinero; pero es incapaz de inventar esas inutilidades que recrean el espíritu y nos hacen dichosos. El placer no tiene ya porvenir.

Todo este preámbulo se debe a la tristeza que me inspira el encontrarme una vez mas, por setiembre, con los mismos antiguos espectáculos. Opera, Español, Comedia... ya inaugurados... Zarzuela, Apolo, Variedades, luego... Si yo tuviese buena memoria repetiría lo que por esta época he dicho todos los años, y habría escrito un artículo de actualidad.

Pero, en fin, hay detalles que marcan alguna diferencia. Cambios de empresarios, reunión de eminencias artísticas, cuyas categorías parecen hacerles incompatibles en un mismo teatro, y mas aun en una misma producción dramática: subida de precios de las localidades marcados por la tradición...

Hagamos lo que todo el mundo: murmurémos. Sin el viejo placer de la murmuración, sería inhabitable el mundo: sobre todo, el mundo civilizado.

Se pasa uno la vida consultando la experiencia para deducir el curso que seguirán los acontecimientos, y al fin y al cabo, la lógica naufraga entre estos dos escollos en que naufraga la lógica siempre: lo imprevisible y lo absurdo.

Del teatro Real solo podía ser empresario el Sr. Robles, merced a sus talentos especiales. Así se creía. Pero, ciertamente, no se pensaba que el Sr. Rovira pudiera ser el sucesor del señor Robles.

¿Por qué? Fácil es decirlo. Los hombres y los hechos son lo que la sociedad quiere que sean. La sociedad muchas veces ha dado en suponer que cualquiera infeliz sin un céntimo era millonario, y este infeliz ha gozado de la consideración social concedida a los Césares... Y viceversa... Ello es, que el público de Madrid, en su caprichosa ligereza, dió en calumniar el estado financiero del Sr. Rovira... El teatro Real no abrió sus puertas—decían—antes se abrió la Puerta Otomana!

Y ¿cómo abrirle? ¿Acaso las personas que habían depositado su confianza en el Sr. Robles, la dispensarían igualmente al nuevo empresario?

Los que conocen los misterios de la contaduría del teatro Real, eran los que mas desconfiaban.

Saben que el abono no siempre era una verdad. Muchos palcos y butacas representaban pura y simplemente una deuda con el empresario. Se abona uno al principio de la temporada y paga antes del fin, como y cuando puede. En Madrid no se debe ejercer tiranía sobre el dinero del mundo elegante. Este mundo es muy reducido; y no es posible enviar a París por otro.

Aquí no hay rusos, ni persas, ni siquiera ingleses: ni géneos industriales que improvisan con las necesidades públicas grandes fortunas, la ópera es una gran tertulia, la mas cara y la mas agradable de todas.

El Sr. Robles, hombre de mundo y conocedor de nuestra sociedad como pocos, no era exigente. Conforme la gallina de los huevos da oro los iba poniendo, él los recogía sin imitar al necio de la fábula.

Pero todas las previsiones—ya lo he dicho—han fracasado. Ninguna consideración ha esparcido el dinero del público distinguido, apesar de la timidez característica del dinero. Cinco millones se calcula que representa el abono.

El Consejo de ministros se ha ocupado—dicen—de una grave cuestión de orden público.

Del nuevo precio marcado a la entrada de palcos.

Todos recordamos lo que ocurrió cuando cantó la Lucea. Hubiera sido aplaudida por una peseta; por dos fué casi silbada.

El ministro de Hacienda, cuya misión es únicamente la de aumentar las contribuciones, se ha dirigido al empresario del Real para pedirle que no aumente el precio de la entrada.

El Sr. Rovira le ha pedido, en cambio, que se le condonen los 27.000 duros de los plazcos que no ha pagado aún.

En el supuesto de que se condonen los 27.000 duros, falta todavía un punto interesante.

Que se garantice el buen éxito de las óperas y de los cantantes.

Porque cuando el público silba por una peseta, suele silbar como si pagara un duro.

De todas maneras hay un hecho que no admite duda. El teatro Real ha experimentado reformas importantes que suponen cuantiosos desembolsos.

Le han puesto bonito, le han vestido bien: como dicen que lo exige la civilización.

Esto por lo menos quedará.

## Un lunático.

## Noticias bibliográficas.

Manual teórico-práctico de educación de párvulos, según el método de Froebel, por D. Pedro de Alcántara García. —Un vol. de—xxii—362 págs.—Madrid, Imp. de Sordo-mudos y ciegos; 1879.

La revolución que lleva a cabo nuestro siglo en los métodos de enseñanza, tiene caracteres análogos a la revolución política y a la revolución en el orden de la ciencia, que pueden juzgarse ya, si no definitivamente consumadas, próximas al término de su desenlace.

Los sistemas de educación no son mas que una parte del sistema social con que coexisten. A la máxima católica que prescribía una fe ciega, corresponde el *magister dixit* de las escuelas. La letra con sangre entra de nuestros domines, no era mas que un traslado a la disciplina académica de los principios y las leyes del régimen absoluto. Pero este régimen desaparece, y no solo se transforma la autoridad del poder y se anula y pierde el antiguo ideal político: todos los elementos que constituían aquella poderosa unidad social modifican su carácter en la perpetua evolución a que viven subordinados, siguiendo el curso progresivo de la historia.

La realeza, el papado, el dogmatismo filosófico, y qué son ahora dentro del régimen representativo, frente a las increíbles audacias de la crítica, ó en paragon con esas teorías que han lanzado la metafísica de la ciencia y lo absoluto fuera del comercio humano?

Iguals vías emprende la autoridad pedagógica. Montaigne dió lema al movimiento que la destruyó; Rousseau una idea fundamental con su confianza en las facultades y en la actividad intelectual de los niños; Pestalozzi, Oberlin y Froebel han desenvuelto esa idea, y ahora mismo, en nuestro tiempo, en época muy inmediata al momento en que escribimos estas líneas, Spencer y Bain, dos ilustres pensadores, la compendian y mejoran. Alemania y los Estados-Unidos primero; toda Europa y gran parte de América después, la acogen, la ensayan y la perfeccionan. Está hecha la revolución en la enseñanza, como en la política; como en la filosofía, como en las creencias religiosas.

A España llega tarde, como llegó tarde la protesta contra el antiguo régimen, la que se ha formulado contra los tradicionales métodos de enseñanza. Pero se acogen con tanto entusiasmo, que no tardarán en propagarla sus mantenedores.

Una revista, digna de mas porvenir que el que le deparara la suerte, *La Instrucción Pública*, que dirigía el Sr. Revilla, y de la que era redactor ilustrado el Sr. Alcántara, consagraba años atrás todas sus fuerzas a ese empeño, continuando la tarea iniciada por sabios maestros españoles hace mucho tiempo. Por fin han oído las insistentes reclamaciones de los hombres ilustrados, y la enseñanza, según el sistema de Froebel, ocupa un lugar en el cuadro de las enseñanzas que da el Estado, y a expensas de este acaba de inaugurarse en Madrid un *Jardín de la infancia*. En estos momentos, el Sr. Alcántara García publica el libro cuyo epígrafe va al frente de estas líneas, y se anuncia que pronto aparecerá una traducción española del tratado sobre *La Educación intelectual, moral y física*, de Herbert Spencer.

Esas publicaciones merecen desde luego nuestro aplauso. La del Sr. Alcántara García es digna de él, porque siquiera los continuadores del método Froebel hayan señalado en la obra de este algunos lunares, Froebel ha sabido personificar en su sistema los dos grandes principios de la reforma pedagógica.

La primera base de la revolución consumada en este orden de la vida, revolución que por mas pacífica y tranquila anuncia mayor fecundidad y madurez, se refiere al fondo de la enseñanza misma. La segunda a la forma en que ha de educarse a la juventud.

Su idea fundamental nace de la confianza en las facultades del niño y del respeto a las obras de su activa inteligencia. No se trata de imponerle conocimientos como se han impuesto leyes, dogmas y creencias a los pueblos, en nombre del derecho divino, de la revelación divina, de principios absolutos que por este ó el otro camino siempre se atribuyen a un origen, a una fuente sobrenatural. Se trata de respetar y alentar su iniciativa, su espontaneidad, su libertad; de ofrecer a su inteligencia, como en una brillante exposición, los gérmenes de todas las verdades positivas y de todos los conocimientos útiles; se trata de conformarse a los procedimientos naturales, de preferir el sistema de la naturaleza, de fundar en él la ciencia de la educación y su arte en el principio de que no hay estímulo tan eficaz para el desarrollo intelectual como los honestos placeres del cuerpo y del espíritu.

El sistema de la naturaleza, como lo revela la historia de cada hombre y como lo afirma la historia de la humanidad, es el progreso de lo sencillo a lo complicado, de lo indefinido a lo definido, de lo particular a lo general, de la rudeza a la cultura, del embrión a la forma, de las nociones vagas a las teorías comprobadas y distintas. ¿Cuál es el agente poderosísimo que

realiza ese adelanto? La voluntad humana. ¿Por qué lo realiza? Obedeciendo a un deseo jamás satisfecho, ni extinguido, de mejora, de bienestar. ¿Cómo lo realiza? Libre, espontáneamente. ¿De qué manera procede? Por la observación.

Ese el sistema de la naturaleza que ha producido la cultura de que hoy, hombres del siglo XIX nos enorgullecemos: ese debe ser el sistema de la enseñanza; ese es el sistema cuyas bases para la mas tierna juventud levantó Froebel, creando los jardines de la infancia, que han hecho tan popular y respetado su ilustre nombre.

El Sr. Alcántara García ha hecho una exposición completa de ese sistema. Estudia los principios generales de educación, según el sentido de Froebel; describe los jardines de la infancia; explica los juegos y trabajos manuales a que se han de consagrar los niños educados por este método y los ejercicios de canto y gimnasia que le completan. Ha hecho el Sr. Alcántara serios estudios sobre la materia que es, en este libro, objeto de sus meditaciones, y la trata con criterio seguro y abundante copia de datos. Posee, además, nuestro autor, y revela en los discretos juicios con que ilustra, amplía y corrige las opiniones de los modernos pedagogos, inteligencia clara y cultura tan general como profunda.

La obra del Sr. Alcántara fué presentada al concurso abierto en 1876 para premiar un tratado teórico-práctico del sistema froebeliano, y obtuvo el premio en concurrencia con otra que se juzgó inadmisibile. El jurado solo advirtió en ella la falta de algunas canciones propias de las escuelas de párvulos, que puestas en música sencilla y agradable, lo iniciaría en los primeros elementos del canto y del solfeo.

Ilustran esta obra un plano de escuela y jardín y treinta y tres láminas cromolitografiadas que explican y aclaran la parte del texto relativa a los trabajos, juegos y ejercicios de los niños. La edición es buena; la impresión clara y elegante, y el precio de este libro es económico (8 pesetas) dadas sus condiciones tipográficas.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

## Archiduquesas de Austria

que ocuparon el trono español.

### I.

El día 11 de noviembre de 1570, la aldea de Valverde, en las proximidades de Segovia, presentaba un aspecto extraordinario y a primera vista difícil de comprender. El lugar situado a orillas del río Moros, es una fecunda llanura de la sierra, distante poco mas de legua y media de la histórica Secubria, entonces rica e industrial capital, era de ordinario en extremo tranquila, y todo su movimiento se reducía al que producían sus moradores, a la vez agricultores e industriales, ocupados en la labranza y en el hilado de la lana para las fábricas entonces tan florecientes de los tejedores segovianos. Pero el que acertara a pasar en el día referido por el llano y pueblo de Valverde, no hallaría la tranquila fisonomía del lugar, sino que lo vería lleno de una vida, un movimiento y una animación extraña. En lugar de las pacíficas yuntas, recorrian las calles alfombradas de junco y espadaña, lucidas comparsas de ginetes gallardeando y caracoleando sobre fogosos corceles llenos de vistosos paramentos y bordaduras, y confundidos con los alborozados campesinos vestidos de fiesta, y damas, soldados y caballeros haciendo gala de sus relumbrantes armas y ostentosos trajes: hasta las humildes casas del lugar se habían adornado con coronas de esmeralda, verde ramaje de los vecinos montes, demostrando en su muda alegría el general regocijo. Motivaba esta animación el suceso de que doña Ana de Austria, prometida esposa del Sr. D. Felipe II, hija del emperador Maximiliano, venía a Segovia a celebrar sus bodas con el católico monarca, y esperaba en Valverde a que en la ciudad se dispusiese lo necesario para celebrar su entrada.

Las aldeanas de Valverde obsequiarónla a su estilo con cantos y bailes, y haciéndola un humilde presente de utensilios y ropas, festejo usual en sus costumbres nupciales que agrado sobremedera a la nueva soberana, la que mandó a un hospital lo que había espigado; así la ofrenda de la sencillez fué para los desgraciados una providencial donación de la caridad.

Al día siguiente hizo doña Ana su entrada en Segovia acompañada de sus hermanos los príncipes Alberto y Wenceslao, del duque de Bejar, del cardenal arzobispo de Sevilla y una brillante corte de grandes prelados y caballeros; fué en litera hasta cerca de la capital, donde montó en una blanquísima acanea ricamente enjaezada, y entonces dió su rostro enojos al sol y admiración a las gentes, pues la reina era en extremo agraciada y hermosa: de majestuosa presencia, tez blanca y airoso talle, presentaba un bizarro conjunto realzado por su rico traje de camino; sombrero alto con airon de plumas y capotillo carmesí bordado en oro a la moda de Bohemia.

Elegantes arcos, simbólicas estatuas que animaban inscripciones y versos, milicias y comparsas vistosísimas y otras invenciones, se juntaron para solemnizar su entrada y sus bodas, y la voz del entusiasmo aclamándola por todas partes y respirando hasta por las doradas bocas de mil instrumentos musicos; recibieronla tambien el cabildo presidido de su obispo Covarrubias, y dícese que tambien entre la multitud, disimuladamente oculto, habia concurrido D. Felipe a ver a la reina.

Esta fué durante su reinado fecunda en vascos a la corona, y de ella tuvo sucesión en D. Felipe, que después ocupó el trono. Sufrío al principio de su matrimonio profundas melancolías que alteraron su salud, pero hallaba consuelo para su tristeza en su profunda fe religiosa y en el trabajo, porque aborrecía la ociosidad: de sus manos, en tapicería y bordados, se conservaron muchas labores muy celebradas. Murió estando en Badajoz con Felipe II, que

trataba de hacerse coronar rey de Portugal, y dicen los escritores místicos que cuentan su muerte, que habiendo caído el rey enfermo de peligro, ofreció a Dios generosamente su vida doña Ana por la del monarca, tan necesaria a la cristiandad, y fuese que el Señor la hubiera oído ó que su hora fué llegada, enfermó, y mejorando el rey, murió ella el 26 de octubre de 1580, a los 31 años de su edad, llorada de los menesterosos y de los buenos españoles. Tal fué la primera archiduquesa de Austria que ocupó el trono español.

### II.

Humildemente ocupada en hacer las camas a los enfermos de un hospital por habitual y virtuosa costumbre, hallábase la joven doña Margarita de Austria cuando recibió la nueva de que D. Felipe III la elegía para sentarla en el trono entonces mas elevado de la tierra, y aunque su natural inclinación piadosa y su modestia le hicieron rechazar con llantos y súplicas tal elevación, hubo de aceptar lo que el cielo y la superior voluntad de Felipe III y de sus padres habia determinado.

Fué a casarse a Roma, y en su viaje, aunque la archiduquesa no quiso usar el título de reina hasta después de verificado su enlace, juntáronse en su comitiva embajadores, condes, duques, grandes damas y caballeros, hasta siete mil setecientas personas que convertían en brillante y populosa corte el mas yermo despoblado. Tambien desde Ferrara, Clemente VIII envió dos cardenales con una lucidísima carroza para recibir a la reina. Esta hizo su entrada en la ciudad de los Césares con un aparato deslumbrador, y la brillantez de sus bodas que celebró el mismo Papa entre el fausto de la romana corte, excedió a lo mas grandioso y rico que pudiera imaginarse. En la ceremonia, sentada la reina bajo un dosel de telas de seda, y destacándose sobre el fondo rojo que formaban los congregados cardenales, desposóse con el archiduque Alberto que hacia las veces de D. Felipe, que estaba en España, entre la profusión de la mas elevada grandeza, juntándose a solemnizar el suceso en el templo las artes que en excelente pintura y en suavisimos y armoniosos cantos, embellecían y estetizaban las bóvedas, y el oro, la seda y los brillantes en decorativas variantes tachonando ornamento, trajes y vestiduras.

Casada ya doña Margarita, siguió su viaje, siendo recibida con mas crecidos obsequios hasta la bella ciudad de Valencia, teatro escogido para ratificar el matrimonio, hizo grandes festejos venciendo la riqueza a lo imposible, siendo tierra y mar tributarios a las distracciones de los monarcas.

Después de recorrer otras capitales llegó la reina a Madrid. Dió a luz varios infantes hasta D. Alfonso, nacido en 1611, llamado el Caro, pues costó la vida a la reina que murió de sobreparto. Su vida consagrada a ejercicios de virtud, fué un modelo de humildad y de bondadosa clemencia, habiendo dejado en varias fundaciones hospitalarias y monásticas marcado el espíritu benéfico y místico que durante su vida la habia animado.

### III.

Así como Felipe II casó con la prometida de su hijo, tambien D. Felipe IV tomó para sí a doña Mariana de Austria, que debia haberse enlazado con el poco feliz y malogrado príncipe D. Baltasar. La archiduquesa, que trajo un valioso dote en escudos y joyas, era sobrina del monarca, y parece que, tambien como doña Ana, la esposa de Felipe II, sufrió, tras de un sobreparto, una tenaz melancolía, que no bastaba a disipar las fiestas que para alegrarla hizo la corte: toros, fuegos, sortijas; la negra nube de la tristeza oscurecía su alma, sin desvanecerse al influjo de los resplandores que en comedias y agudezas traducían el génio de los poetas y artistas de la corte del galante Felipe IV, ni tampoco con las extrañas y maravillosas invenciones que forjó en el Retiro el célebre Vaggio Florentin, admiración entonces de la Europa.

La reina dió a luz varios hijos, que, enfermos y débiles, murieron en la primera infancia, excepto la primera, llamada Margarita, y el último, que fué el desdichado Carlos II.

Durante la minoría de este, y después a causa de la ineptitud del monarca, la archiduquesa regentó el reino, y tomó una parte activa en el giro de la política y en las determinaciones del gobierno. Su constante adversario D. Juan de Austria, y las privanzas de su confesor el jesuita Everardo Nithard y de D. Fernando de Valenzuela, ocasionaron disgustos y antipatías en la nación. Su nombre figura importante en todos los sucesos políticos con que tristemente acabó la dinastía austriaca en España.

Doña Mariana, profundamente religiosa y de un carácter tenaz en demasía, murió de avanzada edad, víctima de un cáncer del pecho, que pudorosamente habia siempre ocultado.

### IV.

Tales son las tres únicas archiduquesas de Austria que han ocupado el trono de España; las tres casi de un mismo carácter, casi de un mismo temperamento, según el trasunto que de ellas nos han dejado los pinceles de la época: las tres piadosas y místicas hasta el extremo y participantes en mas alto grado de los caracteres distintivos de su raza.

Eran una misma familia ellas y los reyes sus consortes, y consiguientemente a esta unidad, no ejercieron modificación alguna en el seno de la familia real ni física ni moralmente.

Los mismos grandes defectos y las grandes cualidades que adornaban a esta dinastía, caracterizaban tambien a ellas, y su influencia no podia hacer otra cosa mas que venir a sellar y continuar los caracteres inherentes a la familia.

Una nueva archiduquesa se anuncia hoy para venir a continuar la serie de las anteriores. Pudiéramos haber incluido tambien en esta



artículo a otra archiduquesa, la esposa del malogrado príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos; mas aunque vino para ser reina, la prematura y nunca bien lamentada muerte de su esposo la obligó a volverse a su patria sin corona.

JOSÉ PARADA Y SANTIN.

## Bos y dos, cuatro.

Es frecuente oír decir, como por vía de reproche a las ciencias matemáticas, que exactitud es la de esas ciencias que no alcanzan a resolver exactamente problemas tales como la rectificación de la circunferencia, la trisección del ángulo, la duplicación del cubo y otros muchos? ¿Qué exactitud es la de esas ciencias tan fecundas en resultados contradictorios, absurdos, evidentes y paralogismos inextricables?

En primer lugar, muchos problemas como el de la rectificación exacta de la circunferencia, son absolutamente irresolubles; otros, famosos entre los antiguos, que no conocían otra geometría que la Eucladiana ó de la regla y el compás, los resuelve hoy fácilmente un principiante de análisis. Además, las teorías creadas por los matemáticos modernos, fundadas en consideraciones metafísicas de gran importancia, han hecho desaparecer para siempre los paralogismos, los absurdos y las contradicciones, proporcionando así un gran triunfo a la ciencia y al espíritu profundamente analítico é investigador de los hombres de este siglo.

Pero aunque tales resultados no se hubiesen obtenido; aunque el espíritu humano no hubiese dado un solo paso en la ciencia matemática, tal como la dejaron constituida Euclides, Apolonio y Arquímedes, no por eso habría dejado de ser tan rigurosamente exacta, ni mas ni menos que lo era en los tiempos de aquellos geometras, pues que la exactitud en el conocer no depende en manera alguna ni de los procedimientos analíticos mas ó menos eficaces, segun sean mas ó menos trascendentes los principios que informan a aquellos, ni de las relaciones y necesarias, ya condicionales que existan entre los elementos que se consideran.

Concretándonos a varios ejemplos para hacer palmaria la verdad de la conclusion expuesta, puede afirmarse con recto juicio que el concepto de la suma y la operación de este nombre no son exactas, porque un hombre, recibiendo un real, mas medio real, mas un cuarto de real, mas un octavo de real, y así sucesivamente indefinidamente, nunca pueda llegar a reunir dos reales; ó porque un caballo, recorriendo una distancia dada bajo la condicion de que en cada hora ha de recorrer la mitad de la distancia que reste, no consiga nunca llegar al término de su carrera?

Pues de la misma manera, no es de recto juicio afirmar que la ciencia matemática no es exacta, porque presenta muchas veces resultados inexactos a causa de la ineficacia de los procedimientos ó solo aproximados, porque sea de todo punto imposible obtenerlos exactos. Lambert, el primero, demostró que la circunferencia no es exactamente rectificable; demostración que confirmaría (si las demostraciones necesitasen confirmación) los resultados del análisis moderno. La circunferencia tiene en el radio su parámetro necesario, forzoso, ineludible; a este, pues, hay que referirse para medir aquella, y ni el radio ni alguna de sus partes, por pequeñas que sean, están contenidas un número exacto de veces en la circunferencia. Tales en términos sencillos la imposibilidad de la tan famosa rectificación que no afecta en manera alguna a la exactitud de la ciencia.

Y si nos fijásemos en algunos resultados contradictorios é absurdos, veríamos que son debidos a atribuir ciegamente a los principios y a las definiciones mayor extension lógica de la que rigurosamente tienen. Ciegamente y sin restricción alguna se acepta, que el orden de los sumandos no altera la suma; principio erróneo si se considera como de verdad absoluta, pues que hay casos en que alterando el orden, se altera la suma.

Natural parece, segun esto, buscar en los elementos primordiales de las matemáticas, en los materiales que por diversos modos elabora, en los números, en una palabra, la verdadera razon de su debida exactitud.

La naturaleza, la noción y el concepto que del número formamos, humildes en apariencia, pero trascendentes en el fondo, nos servirán para resolver el problema.

Cuando nos preguntamos cuál es la naturaleza del número, de dónde tomamos originariamente su noción, y cómo formamos concepto de él, lo primero que se nos ocurre es fijarnos en los objetos innumerables que nos rodean: las casas de una población, los árboles de los parques, la multitud de hombres y animales nos dan una primera noción; pero imperfecta. A poco que se medite, fácilmente se ve que si numerásemos tales objetos, es porque los aplicamos a un conocimiento que en ellos no reside de una manera esencial, pues que concebimos nuestra existencia sobre la tierra, sin casas, sin árboles, sin multitud de hombres y de animales. Y si todavía después de hecha tal abstracción, nos quedan como objetos numerables las estrellas del cielo, y los miembros de nuestro cuerpo, aun concebimos como posible por un acto de la potencia divina, nuestra existencia inmaterial, individual y aislada, sin la tierra que nos sostiene, sin la luna que nos acompaña, sin sol que nos alumbrase, sin estrellas en el cielo. Y aun después de esta extremada abstracción, concebimos el número y formamos concepto de él. El postulado de nuestra identidad inmutable, nos revela como hoy nos revela un algo inmutable de términos necesariamente distintos: algo que va ligado a nuestro ser siempre finito; algo que constituye una línea divisoria y separa nuestro ser finito y condicionado de otro ser infinito é incondicional. Esta línea divisoria es el tiempo, cuya mudanza incessante es como el espejo donde nos reconocemos idénticos, permanentes é invariables.

Esta identidad que con fuerza irresistible se nos impone y la naturaleza mudable del tiempo, nos dan la noción exacta del número.

El momento en que ahora mismo existimos, es distinto é inconfundible del momento que pasó, como es distinto é inconfundible del momento siguiente, como éste y los anteriores son distintos de los momentos sucesivos que imaginamos. El primer momento que tomemos como origen de cuenta, le llamaremos uno; este momento, mas el momento siguiente, le llama-

remos dos; estos dos, mas el momento que sigue, le llamaremos tres; y así tambien cuatro, cinco, etc., indefinidamente.

Vemos, pues, que por la naturaleza propia del tiempo tenemos conocimiento claro, exacto y distinto de los momentos sucesivos que le constituyen; y asimismo claro, exacto y distinto es el conocimiento que tenemos de los números cuya noción primera y trascendental nos la suministra aquel. Y como corolario, de verdad irrefutable, podemos establecer con toda certeza, claridad y exactitud que uno y uno es dos, que dos y uno es tres, que tres y uno, ó que dos y dos son cuatro.

He aquí el sencillísimo resultado en que se funda la inquebrantable exactitud de la ciencia matemática, de la misma manera que sobre débiles y humildes cimientos se fundan altísimos edificios que desafían victoriosamente la acción destructora del tiempo.

Las diversas operaciones de la aritmética que corresponden a distintos juicios lógicos del entendimiento humano, se reducen en último término al concepto fundamental que dejamos expuesto, de cuya verdad y certeza no cabe alguna duda. Si los elementos numéricos y la operación combinatoria fundamental son de indudable exactitud y certeza, de igual exactitud y certeza participarán las operaciones compuestas que de aquellas se deducen, como tambien serán rigurosamente exactos los juicios lógicos de contraposición, evolución y regresión que a aquellas corresponden.

Si nos fijamos ahora en que el espacio tiene propiedades comunes al tiempo aunque son de naturaleza distinta, concebirémos sin esfuerzo la exactitud de la geometría.

De las consideraciones hechas, tambien resulta que así como en frondoso árbol mas que el conocimiento de sus frutos ó de sus hojas que dan sabrosos manjares y agradable sombra, importa el conocimiento y el estudio de las raíces, que humildes, ejercen sus importantísimas funciones en el seno de la tierra, de la misma manera en el árbol de la ciencia, mas que los eximios resultados que nos asombran, debemos estudiar los conceptos trascendentes de los principios que la informan. No de otro modo Newton, Leibnitz, Abel, Cauchy, Hamilton y otros, han podido dar a las ciencias matemáticas los grandiosos progresos que les han inmortalizado.

RAMON ESCANDON.

## De tal palo...

Hace pocos días que el calor y el cansancio, producido por un paseo matinal al Retiro, me llevaron a las frescas y bien cuidadas salas de nuestro Museo de Pinturas, en ocasion de hallarse poco menos que solitarias.

Entre en la de *Autores contemporáneos*, y dirigí mis pasos al cuadro de Pradilla, cuya magnífica obra recibía en aquel momento una brillante luz, gracias a su acertada colocación. En medio de una Margarita del Fausto, de Domínguez, y un desnudo de Rosales, convenientemente separados, la vista se reconcentra con facilidad en la obra del joven pensionado en nuestra Academia de Roma, de mucho mayores dimensiones que las dos citadas.

Un caballero, sobre el que se veía un lienzo empezado a manchar con figuras de primer término, puesto en frente, hacia que los rayos luminosos que entraban por un balcón cercano se reflejasen con fuerza sobre la rica joya que tanta gloria y tan poco provecho ha dado a Pradilla: sobre *Doña Juana la Loca*.

Ante aquella inspirada composición, tan correcta de dibujo como rica en colorido, recordaba los apuros de su autor en la Ciudad Eterna, las chanzonetas de sus compañeros de pension ante sus trabajos preparatorios, los rápidos tragos y sucios modelos que lo exigían de la pension no le permitía mejorar, y las malas condiciones con que desarrollaba su trabajo, segun refiere el modesto Pradilla alguna vez entre los amigos.

Admirando tan acabada obra, reconocí una vez mas la poderosa fuerza creadora de su autor, que con medios imposibles consiguió dar forma exacta y bellísima a lo que en realidad unicamente vivía en el fondo de su inspiración artística.

Pero si el cuadro de *Doña Juana la Loca* sorprende al indiferente como al iniciado en el difícil arte pictórico por la riqueza de detalles, maestría del dibujo y robusta entonación, no atrae menos al observador y al filósofo dedicado a los estudios históricos.

La arrogante figura de Doña Juana rodeada de damas y caballeros, frailes, pajes y gentes de armas, destacándose en un cielo sucio y tormentoso; su mirada vaga y como perdida entre la bruma excesivamente iluminada por luz incierta como su razon; el feroz descanando a sus pies cubierto de terciopelo y oro, tan correctamente dibujado, que por si solo constituye un cuadro entero; un suelo árido y una atmósfera de hielo, un paisaje de muerte animado por un cortejo fúnebre dirigido por una loca heredera de dos tronos; todo aquello reunido en la historia, habia de influir mas tarde de la época elegida por Pradilla en los destinos de nuestra nación.

La hija de los Reyes Católicos, paseando los restos del archiduque a la luz de las antorchas, con aquel acompañamiento entre cortesano y religioso, teniendo siempre que se los arrebatasen antes de respirar el plazo señalado por un fraile para ver resucitar a su marido, tiene mucha analogía con los viajes de Carlos V, su hijo, por Europa, llevando a su lado un ataúd, dentro del cual, y envuelto en un sudario, asistió en vida a sus propios funerales.

Porque desgraciadamente la ley de la transmisión rige en la organización física como en las facultades instintivas y morales del individuo. Doña Juana de Aragón, encerrada en las paredes de una torre solitaria por espacio de 36 años, entregándose a locuras extravagantes, explicaba tambien que su nieto Felipe II viviera en una celda, donde murió, ante la imagen del infierno, pintado por Jerónimo Bosch.

El siniestro carácter de Felipe II, halla su causa en el principio de irritación morbosa que tenía el cerebro de su padre, taciturno como él, constantemente enfermo, epiléptico y gotoso.

Y esto es innegable. Si los rasgos y líneas de la cara, las cualidades y defectos del cuerpo, el temperamento, la conformación cerebral se transmiten; las disposiciones y facultades morales deberán tambien transmitirse, puesto que son, en gran parte, re-

sultado de la organización física. Además, la identidad física implica la identidad moral, es decir, a tal forma de cuerpo tal cualidad de carácter.

Los hijos reflejan tanto mas exactamente las cualidades de sus padres, cuanto mayor sea la semejanza corporal con ellos.

La historia no deja lugar a duda sobre este punto.

Todos los ascendientes de Carlomagno fueron grandes hombres: los Médici hicieronse notables por sus dotes de mando, su amor a las artes y su sed del poder; los Stuardos fueron hipócritas, egoístas y obstinados; los Valois exagerados en sus pasiones; los Condé inteligentes y de gran aptitud para la guerra; los Borgias adquirieron gran nombradía por sus crímenes y desórdenes; los Guisas por su finura, valentía y orgullo... todos reflejaron las cualidades de sus antepasados y su parecido.

Lo mismo pudiera probarse entre nosotros sin gran esfuerzo.

Basta una ligera observación para hallar el parecido físico entre los cinco reyes de la casa de Austria.

Ticiano, Velazquez, Carreño y cuantos dibujaron con exactitud tomados del natural, nos han transmitido los mismos rasgos, idénticas facciones, aunque degeneradas.

El retrato de Carlos I, que tal vez sea la obra maestra de Ticiano, tiene parecido con el de Carlos II, hecho 150 años después por Carreño; sin embargo, del uno al otro hay la distancia, en el original, del genio a la nulidad.

En el emperador la frente es ancha, la mirada viva, la nariz aguilena, el labio inferior altivo y desdenoso; todos los caracteres del mando con las señales inequívocas de un pensamiento sombrío, violento y terrible.

En Carlos II, las líneas del rostro se hallan muy prolongadas, la mirada sin brillo, la frente estrecha y aplanada, el labio caído sobre la mandíbula, la nariz desfigurada y el conjunto raquítico.

Hasta llegar a tal punto, la naturaleza ha recorrido toda una escala descendente.

Carlos I era de fina penetración, de actividad obstinada y fuerza tranquila, y por eso llegó a ser un general entendido y un soberano temible.

Felipe II, de celosa suspicacia y voluntad poderosa aun, pero astuta y vengativa, ya sólo fué rey.

Felipe III y Felipe IV, indecisos; sin voluntad propia e indolentes, no fueron ni generales ni reyes.

Carlos II ni aun siquiera fué hombre.

Y así deoio comprender la degeneración de su raza cuando después de haberse aconsejado de la Santa Sede y de los grandes del reino, excluyó a su familia del trono para llamar a los Borbones, que gobernaban la Francia, y cuya influencia hizo notar bien pronto en nuestro país, que empezaron a regenerar.

La venida a España del nieto de Luis XIV la salvó de una total ruina, porque con dos generaciones mas de aquella raza de imponentes fanáticos el reino hubiera pasado a manos de los favoritos y de las camarillas ó del extranjero.

La elegante familia de Borbon, con sus preocupaciones y sus costumbres, sus nuevas ideas y buenos deseos, acabó en poco tiempo con el trabajo de cinco generaciones que habían aniquilado las fuerzas de la nación, embrutecido las inteligencias y arruinado el país.

Desde Carlos I a Felipe V hay un retroceso moral que espanta y una decadencia material ruinosa é increíble.

La ignorancia, favorecida como salvaguardia de la religion, interpuso una barrera insuperable entre España y el resto de Europa, aislándonos por completo y arrojando sobre la nación todo el odio de los demás países.

La monarquía universal, idea constante de los reyes de la casa de Austria, fué una de las primeras causas de la decadencia española.

Aquella idea pasó de padres a hijos a la vez que la predisposición a los desórdenes de su naturaleza, y lo que en Carlos I se hallaba sostenido por una actividad a toda prueba, y una fortuna decidida, en Felipe II empezó a decaer por efecto de su orgullo, de su política corruptora y de su vida agitada.

Un pensamiento tan grande no podía desarrollarse en cerebros enfermos, porque además de la victoria de los campos de batalla, necesitaba una dirección tranquila y diplomática que ninguno de los Felipes estaba en condiciones de imprimirle. Era, pues, natural que todo degenerase hasta llegar a extinguirse por completo en Carlos II, que a los treinta años de edad no podía ocupar su imaginación una hora al día en la lectura, ni en el despacho de sus múltiples asuntos de Estado.

En cambio ganaba por un lado todo lo que por otro perdía.

De las dos herencias de la familia quedaba la una. La morbosa.

El descendiente último de *Doña Juana la Loca* habia quintuplicado la herencia en ese sentido.

Todo esto y mucho mas se desprende del primer cuadro de la última exposición de pinturas.

Aquella figura poetizada por el arte llevó un nuevo principio de perturbación moral a la sangre enfermiza y ya sobrescitada del hijo de Maximiliano.

El fanatismo y la ambición de sus descendientes, unido a la predisposición que tenían, hicieron lo restante.

No es, pues, de extrañar que cumpliendo las leyes naturales de la transmisión, fueran todos dignos de sus mayores.

El germen de los sucesos que tal nombre dieron a España en los siglos XVI y XVII se encuentra sintetizado en la obra de Pradilla. No hay que buscar en ella el parecido de su mas bella figura con *Doña Juana de Aragón*, porque no se encontraría, ni se lo propuso el autor.

La pureza de líneas y contornos tal vez se vislumbren en Isabel la Católica, de Rosales, como se parecen dos mujeres hermosas del mismo tipo, como se parecen las que figuran en el cuadro del pensionado en Roma; pero esto es lo de menos para el observador que comprende la idea generadora en relacion con sucesos posteriores, sin necesidad del parecido físico.

Doña Juana de Aragón se parece a Carlos II en sus facultades morales; los dos polos de la perturbación. Locura é idiotismo.

C. DE CATALAN Y GALICIA.

## París.

El marqués de Carbone es un caballero que ha perdido una respetable fortuna en la fundación de periódicos legitimistas que nunca tuvieron éxito. Un amor ciego por sus ideales una constancia a prueba de ayunos, tal es el hombre moralmente considerado; en cuanto a su fisonomía, es de esos que cuando rabian parece que se sien.

El último periódico a cuya fundación ha contribuido poderosamente el marqués de Carbone es *La Civilización*, que subsiste todavia, que hoy dirige Mr. H. des-Houx. *La Civilización* es al mismo tiempo órgano oficial del conde de Chambord y de una agencia de colocación de sirvientes creada por el marqués de Carbone.

No será yo de los que traten de herir el amor propio del celebrísimo marqués echándole en cara la nueva profesión que ha abrazado. Por el contrario, creo que una agencia de colocación de criados de ambos sexos es quizás el oficio mas productivo a que puede dedicarse un marqués que se arruina. ¿En qué casa del faubourg Saint-Germain no habrá entrado el marqués de Carbone? El conocerá de seguro las necesidades íntimas de todas aquellas aristocráticas moradas; él sabe qué clase de cocineras propuso para el duque de X. ó qué lacayo el que conviene a la baronesa de Z.

Y al fin y al cabo, después de fracasar en empresa de colocar pretendientes a tronos, da mas natural que dedicarse a colocar sirvientes domésticos.

La idea de este cambio de oficio es, sin duda, lo que ha inspirado el título de su último periódico al marqués de Carbone.

Entre todos los legitimistas de Francia reinaba el mas profundo regocijo. El día 29 se verificaron numerosos banquetes para celebrar el nacimiento del conde de Chambord; pero sobre uno de ellos especialmente se proponen hacer ruido los partidarios del *legítimo rey*, y sobre el que debe celebrarse en el mismo castillo de Chambord.

He visto una de las invitaciones concebidas en estos términos:

«Mr. N. es invitado a asistir a la misa que será celebrada en la iglesia parroquial de Chambord a las doce en punto y al banquete que tendrá lugar a la una.»

Conozco a mas de uno de los invitados que quisieran empezar por el banquete.

En esta fiesta dícese que se tomarán varias resoluciones importantes.

Parece ser que en una entrevista que tuvieron hace días Mr. des-Houx, el marqués de Carbone, Baragnon y Chesnelong, acordaron estos personajes influir en el partido para que sea declarado heredero del trono de Francia D. Carlos de Bordon y de Este. La indicación ha debido ser bien acogida, pues *El Orden* publica anteayer lo que sigue:

«Los Borbones de España no han renunciado a la corona de Francia sino durante el tiempo que reinen en España. D. Carlos, una vez que no ha podido conquistar el trono de España, es el indicado para heredar en Francia los derechos del conde de Chambord.»

Los legitimistas, pues, aprovecharán algunos de los banquetes que van a tener lugar el día 29 para proclamar este nuevo orden de sucesión, y desheredar definitivamente a los príncipes de Orleans.

Ya tenemos a D. Carlos candidato al trono de Francia, que aun no existe! ¡Afortunado pretendiente! Siempre viendo un trono en lo tananazal... Un día en España, otro día en Francia, otro día en la Hercegovina.

Yo no sé en qué forma extienden a D. Carlos los documentos personales, pero al hacer constar su profesión, indudablemente deben decir «candidato perpetuo a monarca.»

El órgano de la agencia de sirvientes de marqués de Carbone ha sido uno de los primeros periódicos que han reproducido la noticia dada a luz anteayer por *El Orden*.

En el drama de Julio Claretie, *Mirabeau*, que pronto nos dará a conocer el teatro de las Naciones, habrá un cuadro que representará memorable sesión del *Juego de pelota* en que celebre orador lanzó aquella imprecación: «blime que comienza «Decid a vuestro amo, etc. etc. etc.»

Se quiere representar con toda verdad el papel de protagonista, y el autor y la empresa se ocupan en elegir el discurso del elocuente tribuno que mejor efecto pueda hacer en escena.

El teatro va a entrar, pues, en un nuevo terreno. Una vez en este camino, no pierdo la esperanza de ver algun día representar las sesiones de la Cámara de diputados de Versalles.

Como de estos dramas parlamentarios llegarán quizás a hacerse parodias, preveo a Casagnac inmortalizado por el arte escénico.

En *Le Gaulois*, en *L'Estafette* y en otros de otros periódicos reaccionarios, mas ó menos desinteresadamente puestos al servicio de la embajada española, lei anteayer artículos furiosos contra Ruiz Zorrilla, terminados con las consabidas frases de *sociedad amenazada*, *magia feroz*, y demás del repertorio. Vi al mismo tiempo aparecer tras las esquinas de los boulevares multitud de individuos, sin corbata decorada y condecorados, de esos que pasan olfateando qué español sale de París, qué español llega, quién trata a éste, y quién visita al otro.

Algo procuraban averiguar, algo se decían unos a otros con misterio. Al fin supe que andaban por ciertas calles preguntando a porteros y criados:

—¿Dónde está Ruiz Zorrilla?

Llega después a mi noticia que entra París Madrid el telégrafo funciona.

Compró ayer *L'Evenement* y el primer suelto conque tropezaban mis ojos anuncia que Ruiz Zorrilla se ha ausentado de París.

Figúraos cuál habrá sido mi asombro al encontrarme hoy con el mismo D. Manuel en persona.

—Pero, ¿dónde ha estado Vd., le pregunté para que nuestros conservadores se alborotaran de tal manera?

Y él me contesta con tranquilidad:

—He estado a ver a mi perro; ya sabe usted que lo tengo ahora en el campo. Siempre voy a visitarlo sucede lo mismo.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

París 23 de setiembre de 1874.